

podía disponer de unos ochenta asientos; pero habiendo cesado este privilegio á consecuencia de la ocupación de Roma, las señoras francesas que en lo sucesivo asistan á las ceremonias de la Semana Santa lamentarán no poco que haya desaparecido esa tribuna, cuyos billetes repartían los oficiales hasta donde era posible entre las francesas residentes en Roma. Es verdad que dicha tribuna es hermosa, pues sólo la separa del altar mayor una distancia de 6 á 8 metros, y está situada sobre el eje del costado derecho; añádase á estas ventajas de situación la circunstancia de que al verificarse las ceremonias, si los Oficios empiezan á las diez las personas provistas de billetes pueden con toda seguridad entrar en ella á las diez menos cuarto. ¡Ah! ¿Por qué los hombres no tienen también una tribuna reservada para su uso? Yo permanecí en pie desde las siete de la mañana hasta las doce y media, sin haber podido apoyarme en parte alguna. Pero no aceleremos la narración.

Habia tomado un coche para ir á San Pedro, y á lo largo de la calle Tordinona y del Borgo encontré dos filas de ellos, una de las cuales seguía una dirección y la otra la opuesta; los que se dirigían á San Pedro conducían invariablemente un caballero vestido de negro con corbata blanca, que acompañaba á una señora vestida también de negro, ó á otros personajes ataviados como él; los coches que volvían á Roma llegaban desocupados y corrían á escape en busca de gente que de nuevo llenase sus asientos. El castillo de San Angelo estaba empavesado; las tropas pontificias ostentaban en sus cascos ramitas verdes en señal de rogocijo; la guardia palatina vestía de rigurosa gala, y los simples soldados parecían oficiales, si se atendía á lo mucho que brillaban.

Tuve tiempo suficiente para ver preparar el mobiliario eclesiástico mientras llegaba la hora de los divinos Oficios. El cambio verificado desde el Viernes Santo era extraordinario y formaba un gran contraste; en vez del altar sombrío y desnudo, había otro en que resplandecían los bordados de oro, y á realzarlo contribuía un retablo magnífico; los más preciosos relicarios brillaban en el altar, y los cirios de la Candelaria, espléndidamente adornados, rivalizaban en colores con un enorme cirio pascual colocado cerca del altar en un candelabro del estilo propio de la época del Renacimiento.

En ciertas ceremonias San Pedro se decora de una manera muy extraña. Cuando fueron canonizados los mártires del Japon, los grandes arcos que ponen en comunicación la nave principal con las laterales no estuvieron desnudos de ornato, sino que se añadieron al lado de los pilares, algunas columnas corintias reunidas por platabandas adornadas y decoradas con tapicerías y arañas que formaban guirnalda. Cuéntase que en 1712 se levantó en el ábside de San Pe-

dro, para la glorificación de muchos santos, una especie de escenario sobre el cual el pontífice rodeado de sus cardenales proclamó la santidad de ciertos mártires; el plano del teatro existe aun con el nombre de *teatro*, en las ceremonias religiosas de Picart, publicadas en el último siglo.

Pero volvamos á la ceremonia del día. Las señoras que habían permanecido en pie empezaban á padecer mucho á causa de tan fatigosa posición; dos de ellas se desmayaron y fue preciso sacarlas de allí. Algunas inglesas previsoras, que llevaban en sus bolsillos sillas de tijera microscópicas, fraudulentamente introducidas, pudieron por lo menos sentarse un poco y no tuvieron el disgusto de verse reducidas por la desazon á salir del templo después de tantas molestias, sin presenciar la solemnidad religiosa de este día.

La cerca se había formado en la basílica; los guardias palatinos y la infantería pontificia esperaban al papa, y las filas de los soldados se extendían desde el pórtico de Constantino, al pie de la escalera Real, hasta la altura del San Pedro de bronce, donde los suizos daban el servicio vestidos de gran uniforme.

Los cardenales y prelados se habían reunido en el Vaticano, y la llegada de estos altos personajes en sus carrozas de gala es hoy uno de los espectáculos más dignos de atención; los viajeros que no se atreven á arrostrar una larga espera en San Pedro, ó que ya han asistido á la misa de Pascua, nunca dejan de colocarse al paso de los cardenales.

A las diez bajó el papa la escalera Real conducido en la *sedía*; abrióse la puerta principal y la comitiva entró en la basílica. Por primera vez la música militar, colocada en el vestíbulo superior de aquella, acompañaba la entrada de la comitiva. Como al hablar del domingo de Ramos no he indicado el orden exacto de la procesion, llenaré ahora este vacío. Hé aquí la lista de los personajes que componen el séquito del papa, tomada de las indicaciones del abate Montaut en su *Anuario litúrgico*, y según Cancellieri:

Un maestro de ceremonias.—Los procuradores, cuyo cargo equivale al de nuestros abogados, y son nombrados oficialmente para estudiar las principales causas.—El predicador apostólico, que predica los miércoles y viernes de Cuaresma, por lo regular delante del papa que se halla detrás de una reja.—El confesor de la familia papal.—Los procuradores de las órdenes religiosas, con sus respectivos hábitos.—El joyero del Vaticano al frente de los *bussolanti* portadores de las tiaras, colocadas sobre unos almohadones.—Los capellanes que llevan las mitras.—Los maceros.—Los camareros con la espada, la gorguerra, el jubon y la capa pequeña.—Los capellanes cantores.—Los abreviadores, ó secretarios encarga-

dos de extraer las cartas recibidas en el Vaticano.—Los auditores de la Rota y los jefes de palacio.—Los abades mitrados.—Los arzobispos, obispos, patriarcas, cardenales-diaconos, cardenales-presbíteros y cardenales-obispos.—Los conservadores, el príncipe asistente y el gobernador de Roma.—El capitán de los suizos.—El estado mayor de la guardia noble y el general de las tropas pontificias.—Los ugieres, maceros y suizos.

El papa se adelanta conducido en su *sedía* y puesta la tiara, debajo del palio y rodeado de sus abanicos; á su lado marchan los suizos llevando las siete espadas de los Cantones helvéticos.

Detrás del papa van sus dependientes domésticos, los generales de las órdenes religiosas y el cabildo de San Pedro.

Muy difícil es formarse una idea de la riqueza de esta comitiva, pues las ceremonias verificadas desde el domingo de Ramos no pueden compararse con lo que ahora describo, bajo ningún concepto. La Iglesia romana despliega en la solemnidad de la Pascua todo el esplendor que le es posible, y este día merece por sí solo el trabajo que anualmente se toman muchos miles de católicos que van á Roma con el único objeto de asistir á la misa pontifical.

Los suizos acompañan también la comitiva, y marchan formando dos hileras á uno y otro lado de la procesion, llevando en vez del jubon ó de la coraza lisa, coraza y casco con embutidos de oro; los arzobispos van con capa pluvial blanca galoneada del mismo metal, y los patriarcas griego y armenio hacen brillar bajo sus trages, bordados según el estilo bizantino, riquísimos dibujos; los cardenales llevan la mitra blanca; los conservadores de Roma, la mitra de oro; el capitán de los suizos luce un armamento completo lleno de adornos de lo mismo, como la coraza de sus soldados; los guardias nobles visten de encarnado con botas de montar y pantalón blanco, y el cabildo de San Pedro ostenta vestiduras rojas con pieles de armiño.

El coro de la capilla pontificia cantaba el motete: *Tu es Petrus*.

Las tiaras, llevadas por los *bussolanti* eran objeto de todas las miradas, pues su riqueza es extraordinaria; una de ellas, regalada al papa Pío VI por Napoleón I costó según se dice, cerca de un millón de francos; estas tiaras, en número de tres, permanecen sobre el altar durante la misa, y componen, con los candelabros dibujados por Miguel Angel, los relicarios, las estatuas doradas de san Pedro y san Pablo, y los demás accesorios necesarios al culto, un mobiliario eclesiástico de fabulosa riqueza, y por lo regular del gusto más exquisito hasta en sus menores detalles. Las tiaras sostienen tres coronas que encierran una significación, toda vez que son al mismo

tiempo una alusión á la Santísima Trinidad y á las tres Virtudes teologales, é indican que el papa está revestido de las dignidades de padre, rey y vicario de Jesucristo. Por lo demás, esta triple corona, accesorio noble y rico, ha dado margen á muchas discusiones é interpretaciones. En los primeros tiempos en que los papas llevaron la tiara, esta sólo tenía una corona; andando el tiempo tuvo dos, y significaban según se dice, el poder temporal y el poder espiritual; poco después la tiara ostentó tres coronas, y desde entonces no ha cambiado de forma. En Italia se le da el nombre de *Triregno*.

El papa san Silvestre fue el primero que según la opinión general usó una corona en la tiara, y Bonifacio VIII que murió en 1303, sólo una llevaba todavía; Clemente V y Juan XXII usaban dos (esta doble corona simbolizaba los dos tronos de Roma y Avignon). Urbano V, que falleció en 1370, llevaba la triple diadema, y sus sucesores la han usado igualmente. Estos datos han sido tomados en gran parte de las colecciones de antiguas pinturas y añejos mosaicos, y especialmente de los que se encontraban en la basílica de San Pablo estramuros, y que por desgracia han desaparecido en el incendio de 1823. Por lo que respecta á la tiara en sí misma, su forma no ha sido siempre igual, pues en los primeros tiempos del papado consistía en un gorro plano, de púrpura, con dos colgantes por la parte posterior como los de las mitras.

El número de las tiaras de etiqueta y lujo asciende á cuatro. La de que acabo de hablar, regalada por el emperador Napoleón I en 1805, está esmaltada de diamantes, záfiro, esmeraldas, rubís y perlas, y pesa 8 libras. La segunda, comprada en tiempo de Gregorio XVI y menos rica que la primera, pesa 3 libras, y es sin duda la que por su ligereza usa el papa. La tercera, regalada por la reina de España en 1854, está adornada con 18,000 diamantes y 1,000 piedras preciosas, y no pesa sino de 3 á 4 libras. La cuarta fue regalada por la guardia palatina en 1860, con motivo del aniversario de la exaltación al trono pontificio del papa reinante.

Las espadas de los Cantones helvéticos recuerdan la adhesión de los suizos á la Santa Sede en el siglo XVI. Son unas largas, toscas y resplandecientes espadas, conocidas con el nombre de *espadas de dos manos*. Estas armas se asocian perfectamente, así al uniforme de la guardia suiza como á todos los demás accesorios de este día, y aunque extrañas ya á nuestras costumbres, parecen muy naturales; al contemplarlas, el ánimo se juzga trasportado á un mundo excepcional que no ha sufrido cambio alguno, por haber conservado intactos en medio de nuestra moderna civilización, sus ceremonias, su etiqueta, sus ideas y sus trages.

Los abanicos son un resto del antiguo *flabelum*, que se empleaba en la primitiva Iglesia para agitar el aire al rededor de los elementos de la comunión, y han pasado á ser un adorno del séquito pontificio. Se hacen con las plumas de los pavos reales y avestruces que pertenecen al papa, y pueden verse en los gabinetes reservados del Quirinal.

Mucho antes de la llegada de la comitiva el cuerpo diplomático y los personajes revestidos de carácter oficial se habian reunido en el ábside, y cuando despues de sentarse el papa en su trono se estableció un órden perfecto en aquel anchuroso espacio henchido de gente, la vista quedó maravillada ante el esplendor y la solemne grandeza de aquella admirable ceremonia.

El Oficio divino se celebra como el domingo de Ramos, y todo presenta un aspecto magestuoso. No sé quién ha arreglado aquello, pero es imposible llevar el arte mas lejos; y empleo la palabra *arte* con intencion, porque cuando la dignidad de los movimientos, el equilibrio de los grupos, el conjunto de los colores y la estricta alianza del ceremonial con la idea religiosa se llevan á tan alto grado, esto puede llamarse, no sólo el arte, sino el arte en todo su apogeo.

Ya sentado en su trono, el papa tomó una mitra entretejida de oro, (pues no conserva la tiara cuando se dispone á aproximarse al altar), y los cardenales, obispos y patriarcas fueron á prestarle la obediencia, es decir, á abrazarle la rodilla ó el pie, segun su categoría y dignidad. En seguida el papa procedió á lo que se llama la investidura del traje sagrado; este, de color blanco y oro, es soberbio; bajó del trono y subió al altar, abrazando primero á los dos cardenales diáconos mas jóvenes que se encontraban á su paso: ceremonia que recuerda la primera aparicion de Jesucristo á sus discípulos despues de su resurreccion.

No puedo seguir paso á paso la misa entera que el papa, asistido por el cardenal*** dice con magestuosa grandeza en medio de aquel magnífico cuadro, del cual solo he podido indicar los principales rasgos; pero debo hablar de dos momentos muy notables en esta misa.

Al alzar la hostia, el papa se vuelve sucesivamente hácia los cuatro puntos cardinales, hace la consagración y se retira á su trono. Mientras presenta la hostia al cielo, la música de los guardias nobles hace oír una armonía militar. Siento que la eleccion del trozo ejecutado no haya sido mas oportuna, pues era una cavatina italiana tocada en un aire muy lento, pero cuyo estilo no se armonizaba con la pompa del servicio divino; una frase breve, bien acentuada y grandiosa, como sabian hacerlas Beethoven, Bach ó Mendelshonn, seria mucho mas conmovedora y de

efecto indudablemente prodigioso. La orquesta militar no se veia, por hallarse colocada en lo alto de la cúpula, y la distancia suavizaba mucho los sonidos, imprimiéndoles cierto carácter misterioso; ¡qué no seria si la música fuese realmente religiosa! La impresion, no obstante, es agradable y tanto mas sorprendente cuanto que no es costumbre oír músicas instrumentales en San Pedro. Los viajeros, raza crédula cual ninguna, han adoptado respecto de esta música una tradicion á la cual es imposible hacerles renunciar. Tienen por cosa positiva que el dia de Pascua se sitúan en la cúpula unos músicos que llevan largas trompetas de plata hechas con arreglo al modelo de las que llevarán los ángeles en el dia del Juicio final, pues no pueden imaginar que el efecto producido proceda únicamente de la distancia y de la suavidad de los sonidos: necesitan imperiosamente la fábula de las trompetas de plata. Aquella música era la de los guardias nobles; música por lo demás, ejercitada y bien escogida, costeada por los guardias nobles, y única que tiene el derecho de tocar en estas ceremonias, y á veces tambien en los jardines del Vaticano, cuando el papa lo desea.

Despues de la consagración, el cardenal diácono envia al papa la hostia destinada á su comunión. La hostia se divide sobre el altar y se pone sobre una patena de oro; el papa comulga sentado, y sentado da dos fracciones de aquella al diácono y al subdiácono que se mantienen en pie. Luego el diácono vuelve al altar, y envia al papa el vino vertido en el cáliz, al cual agrega la cánula de oro. El uso de la cánula era general en la Iglesia cristiana primitiva; fabricada segun reglas particulares, permanecia dentro del cáliz, y el celebrante la presentaba á la boca de los fieles, que aspiraban vino de la comunión; habiendo sido igualmente adoptado en la Iglesia católica, el empleo de la cánula fue cayendo poco á poco en desuso, y creo que ya no quedan restos de esta usanza á no ser en Roma en las misas pontificales de Navidad, Pascuas y dia de San Pedro. La cánula que se envia al papa es de oro, como ya he dicho; el papa absorbe una parte del vino; el diácono absorbe en el altar la segunda parte, sirviéndose de la misma estremidad de aquella, y por último, el subdiácono apura, por ambas estremidades de la misma, el vino que ha quedado en el fondo del cáliz. Asi, solo el papa, el cardenal diácono oficiante y el subdiácono comulgan con arreglo á este antiguo ceremonial que causa gran admiración á muchos viajeros. Este rito, durante el cual el papa comulga sentado y da la hostia á los oficiantes que permanecen en pie, recuerda á Jesucristo celebrando la Pascua con sus discípulos, y tambien á los israelitas comiendo de pie y á toda prisa algunas provisiones antes de salir de Egipto.

Escasamente dejaron los viajeros, que se empujaban por entrar y ocupar la primera fila, tiempo suficiente al papa para comulgar con recogimiento, pues todos se abalanzaron irreverentemente al vestíbulo. Oyéronse entonces grandes gritos cerca de las

dos puertas, lo cual era debido á que las señoras, demasiado oprimidas por la multitud, se desmayaban una tras otra. Entre las tradiciones adoptadas por la credulidad viajera hay una que refiere que una joven inglesa quedó aplastada bajo la puerta de San



El Papa dando audiencia en la sala del Trono.

Pedro el dia de Pascua; y desde entonces algunas señoras tiemblan en el momento de la salida y gritan de antemano aunque no haya el menor peligro. Por lo demás, es inútil atropellarse tanto, pues mientras el papa sube á la *loggia* hay tiempo suficiente para salir á la plaza; y aparte de la inconveniencia de codearse bruscamente al rededor del altar durante la

comunión, el viajero que de esta manera sale de San Pedro pierde una ceremonia importante. Cuando el papa baja del altar, el cardenal arcipreste de la basílica, seguido de una parte del cabildo, se acerca y entrega al papa una bolsa que contiene treinta julios de oro, (antigua moneda) como remuneración, segun una añeja costumbre, de la misa que ha ido á